



cas del mundo antiguo los antepasados del pueblo chino, ni la causa que les llevó a encaminarse especialmente hacia el Oriente. En un principio, el emperador era considerado hijo del cielo, vicario de Dios, como los padres del pueblo; la voluntad del cielo era su regla. Pero como allí no había ningún poder intermedio para interpretar la celeste voluntad, había el peligro de que el emperador llamase voluntad del cielo a su pasión ó su interés. Lo que no tardó en suceder. Se ve con frecuencia sentado en el trono el más refinado orgullo, bajo la apariencia de humildad. Los dominadores se anunciaban como dioses, y el pueblo se prosternó ante ellos, no ya con el antiguo espíritu de una filial veneración, sino propiamente de esclavos y de idólatras. Pero como los gobernantes de esta especie tenían menos que nadie carácter teocrático, y como su vida indicaba cuán poco eran acreditados del cielo, con mucha frecuencia también, detrás del servil espíritu y falsa devoción, fermentaba una interior aversión; de suerte que por todos lados se ocultaba la mentira bajo la máscara de la antigua veracidad. Mientras que ambiciosos señores hacen largos discursos y publican edictos en el estilo de la antigüedad, pero que cada confidente sabe bien que todo no es más que una mentira, y que el verdadero fundamento es la arbitraria voluntad del emperador, la ambición y el interés particular de los grandes, el pueblo, á su vez, llegó á ser por más de un motivo receloso y desconfiado; y mientras aquel atiende sólo á la conciencia individual, aunque no sea más que por el antiguo respeto hacia la voluntad del cielo, como el más elevado y último tribunal, éste igualmente sigue sus pequeñas miradas, y trata de recabar del gobierno todo lo que puede. La administración paternal se convirtió en la más vigilante policía. El *gobierno de justicia*, que representa el *Chu-King*, se cambió en injusticia; este monumento, en otro tiempo tan venerado, no tiene más que un valor abstracto en la vida pública; se le respeta exteriormente, pero ya no está en el corazón. Se habla constantemente de la gran familia, pero con frecuencia no son más que palabras sonoras. La realidad desapareció, y no queda más que una forma vacía. Es el orgullo nobiliario de una antigua alcurnia y viejos pergaminos, pero sin los nobles sentimientos que atestiguan estos antiguos documentos. La fuerza se coloca en lugar de la antigua dignidad; el artificio, la hipocresía se apoderan del elevado sitio que ocupaban la veneración y las antiguas costumbres. Obrar de acuerdo con el cielo, conducirse según la voluntad del *Chang-Ti*, es todavía el lenguaje oficial; pero se interroga por medio de las artes astrológicas los decretos del destino, ó bien se escucha á los adivinos que anuncian la buena nueva. Fuera del estrecho círculo de la familia, en donde, principalmente en el interior, y lejos de las ciudades, reina todavía y aparece como el más antiguo y también el último sosten del conjunto, las antiguas virtudes desaparecieron cada vez más de la vida pública, hasta el punto que, particularmente en las ciudades mercantiles, los extranjeros vieron

frecuentemente con pena cambiadas completamente en sus contrarios la humanidad y la justicia.

Por esto también y naturalmente, la vista de intuición, rasgo fundamental de la antigua sabiduría, se desvaneció; en su lugar se introdujo el cálculo físico y moral, que el mayor número de los letrados pone toda su gloria en ejecutar sutilmente; todo lo que puede ofrecerse de más elevado, lo desdeñan con un fariseísmo arraigado. En moral y en política, se encontró después de largo tiempo el arte de eludir todas las leyes y conservar, sin embargo, para sí la letra, realizar en secreto todo lo que había sido prohibido anteriormente, bajo las más severas penas, y cuando alguna empresa de esta especie se hacía pública, justificarla por la ley misma y engañarse á sí mismo y á los demás; pero siendo esta ilusión recíproca, se destruye por sí misma, y uno no permite á otro su secreto juego, sino en tanto que no le pueda perjudicar. Es una oculta guerra de todos contra todos, que se hace frecuentemente con admirable astucia, y la fuerza pública solamente impide que se pierda por completo el imperio.

Los chinos, siempre con algunas honrosas excepciones, perdieron de vista todo lo que allí hay de primitivo, sin poder por sí mismos adquirir de nuevo las antiguas ideas, ni salir de donde están, porque la paz interior huyó de su corazón al cabo de largo tiempo; se contentan con los goces momentáneos, y abandonan con indiferencia los verdaderos bienes de la vida. La orgullosa narración de virtud y antigua grandeza llena las horas de ocio, y este es el único vuelo que toma el alma; aunque, á decir verdad, no puede propiamente llamarse vuelo, sino flotar en el torrente de la vieja costumbre. Cuanto menos subsiste realmente la antigüedad, tanto más se muestra sentimentalmente apasionada. La China lo es todo: fuera de ella no hay nada que merezca ser visto, sino es para encontrar algo que reprobar, y para decir que se sabe y que se hace mejor; todo esto con una insoportable arrogancia.

La vida es completamente material; lo útil decide únicamente el valor de una cosa, porque no se aprécia más que la vida terrestre, y el fin más elevado está muy por debajo de los objetos sensibles que les rodean; lo espiritual ha llegado á ser el imperio de las sombras en donde habitan los antepasados, y por antiguo hábito se le dirige una desdeñosa mirada.

El noble emperador *Kang-ki* censuró severamente todo lo que una vida semejante tiene de vano y engañoso, y recomendó vivamente la armonía del interior con el exterior. Pero se acercan los tiempos del cumplimiento; desde hace largo tiempo se ha dado fin á todo cuanto era posible en este estado de cosas y que realmente ha existido. El pueblo chino espera la redención y la educación en el espíritu de la verdad, que anteriormente ya le ha sido dado á conocer en figura (1).

(1) Windischmann, t. I.



Así habla este escritor. Pero hay más: no solamente la China conocía la futura redención; no solamente sabía que el Redentor debía venir del lado del Occidente; no solamente podía saberlo de los judíos que tienen, según una antigua tradición, desde doscientos seis años antes de Jesucristo, una sinagoga en el centro de su imperio, en la cual se conservan precisamente la ley de Moisés, con algunos profetas, así como los libros de Josué, de los Jueces, de Samuel y de los Reyes (1), sino que la Providencia le ha dado á conocer muchas veces la redención ya cumplida, le ha hecho saber que el Redentor había venido de donde sus antiguos sabios le esperaban.

Hacia la gran época en que el Evangelio fué anunciado en todas las lenguas y por toda la tierra, el Imperio Chino tocaba al Imperio Romano, y debió de esta manera oír de cerca la buena nueva. En un antiguo brevulario de la Iglesia de Malabar en la India, escrito en caldeo, se dice que la conversión de los chinos al cristianismo fué comenzada por el apóstol Santo Tomás (2). Las constituciones sinodales del patriarca Teodosio hablan del metropolitano de la China; y este título formaba parte del del patriarca que gobernaba los cristianos de Cochín, cuando los portugueses abordaron en la costa de Malabar. Arnobio, que vivía en el siglo tercero, cuenta á los seras ó chinos entre los pueblos que en su tiempo habían abrazado la fe. En el séptimo siglo y en el octavo, el cristianismo era no solamente conocido, sino floreciente en la China. Existe de ello un curioso monumento, y que los más importantes sabios han reconocido como auténtico (3).

En 1625 se desenterró, en las inmediaciones de la ciudad de Sianfu, provincia de Chensi, una plancha de mármol de diez pies de larga por cinco de ancha. En ella se encontró, sobre la parte superior, una cruz bien grabada, y más abajo una inscripción en caracteres chinos, acompañada en los bordes de muchas firmas en caracteres siríacos. Esta inscripción contiene la historia del cristianismo en China, desde el año 635 hasta el 781, en que fué erigido este monumento; es decir, durante ciento cuarenta y seis años. Dicese que en 635 Olopen, hombre de una eminente virtud, fué del Ta-thsin ó del Imperio Romano á Sianfu.

El emperador envió sus oficiales al encuentro de él hasta el suburbio occidental; le hizo introducir en su palacio y mandó que se tradujesen los santos libros que había llevado. Habiendo sido examinados estos libros, el emperador juzgó que la doctrina de ellos era buena y se podía publicarles. El decreto que dió con este motivo es citado en la inscripción. Dicese también en ella, en alabanza de la doctrina enseñada por Olopen, que la ley de verdad, eclipsada en la China en tiempo de la dinas-

(1) *Choix de Lettres édif.*, t. I, p. 232.

(2) Assemani, *Bibliot. orient.*, t. IV.

(3) Deguignes, *Mem. de la Acad. de las Inscripciones*, t. LIV, en 12.º, p. 296; Abel Rémusat, *Mémoires asiat.*, t. I, p. 33; *Nowé. Mémoires*, 9 t. I, p. 190.

tía de los Tchu y llevada al Occidente por Lao-Tseu, parece volver á su fuente primitiva para aumentar el brillo de la dinastía reinante. Refiérese esta doctrina en sustancia: dícese que *Aloho*, es decir, Dios en lengua siríaca, crió el cielo y la tierra, y que habiendo Satan inducido al primer hombre, Dios envió el Mesías para librar á los hombres del pecado original; que nació de una Virgen en el país de Ta-Thsin y que los persas fueron á adorarlo, á fin de que se cumpliesen la ley y la predicción. Los caracteres siríacos, que comprenden noventa líneas, contienen los nombres de los sacerdotes siríacos que habían ido á China á continuación de Olopen.

Otras relaciones nos dicen que muchos cristianos perecieron en 877 en la toma de la ciudad de Cumdan, hoy Cantong, por un jefe de los rebeldes (1). Al fin del décimotercio siglo, un religioso franciscano, Juan de Montecorvino, enviado al Oriente por el papa Nicolás IV, cuando llegó á Khan-Balckh ó la Ciudad Real, hoy Pekín, encontró en ella un gran número de cristianos unidos á los errores de Nestorio. Bautizó él mismo muchos millares de personas y levantó allí una iglesia; convirtió á un príncipe de los mongoles, que entonces reinaba en China; tradujo á su lengua el Nuevo Testamento y los Salmos, fué nombrado arzobispo de Pekín en 1314 por el papa Clemente V; murió allí en 1330, y tuvo por sucesor un religioso del mismo orden. Las relaciones de los musulmanes confirman todo esto, porque ellas nos dicen que había en efecto muchos cristianos entre los keraitas, tribu mongola, de la cual era el príncipe convertido, y citan muchas princesas de esta nación que profesaron resueltamente la religión de Jesucristo (2).

Al fin del decimoséptimo siglo, los religiosos de San Ignacio, de Santo Domingo y de otras congregaciones comenzaron á predicar de nuevo el Evangelio en la China. Y actualmente hay en este país muchos obispos titulares, con un clero católico de indígenas. La China, aunque esté á dos mil leguas del centro del catolicismo, no puede, pues, quejarse de la Providencia.

#### LA INDIA.

La India es la cuna de la filosofía, el paraíso de los filósofos. Por muy alto que se remonte, la historia profana nos muestra la filosofía floreciente en la India; vemos á los filósofos indios, los brahmanes venerados por sus compatriotas y admirados por los extraños. La antigua Grecia les considera como los oráculos de la sabiduría. Pitágoras, Anaxarco, Pirron, irán á consultarles. Desde los primitivos tiempos hasta los nuestros, estos filósofos son los dueños de la India; reinan en ella sobre los espíritus y sobre las voluntades; lo que ellos dicen se cree, lo que mandan se hace. Desde hace veinte á treinta siglos, no les falta nada para

(1) *Ibid.*

(2) Abel Rémusat., *Nowé. Mémoires*, t. II, art. Juan de Montecorvino.



hacer de esta inmensa población lo que creen más á propósito. Veremos, pues, por este ejemplo, lo que puede y quiere la filosofía, lo que puede y quiere el hombre sin Cristo.

Las doctrinas indias están contenidas principalmente en los cuatro Vedas y los diez y ocho Puranas.

Segun la tradición recibida entre los indios, habiendo sido revelados los Vedas por Brahma, el Dios criador, fueron desde luego transmitidos de boca en boca hasta la época en que Uyasa, es decir, el *compilador*, les recogió y les distribuyó en libros.

El primer Veda se llama *Rig-Veda*, y contiene oraciones é himnos en verso; el segundo *Yadgur-Veda*, contiene oraciones en prosa; el tercero, ó *Sama-Veda*, las oraciones destinadas á ser cantadas; el cuarto Veda, *Aharvan*, consiste principalmente en fórmulas de consagración, de expiación y de imprecación. Cada Veda se compone en general de dos distintas clases de oraciones, *mantras*, y preceptos ó dogmas, *brahmanas*.

En el décimoséptimo siglo de la era cristiana se hizo un compendio de estos libros, ó se tradujo al persa con el nombre de Upnekhat, por órden de Darachekuh, hermano mayor del emperador mogol Aurengzeb. En el décimo-octavo, un ilustre viajero le trajo de la India y le tradujo al latín.

A los Vedas se unen inmediatamente los *Puranas*, que contienen la teogonía y la cosmogonía de los indios; son también atribuidos á Uyasa, y se cuentan diez y ocho de ellos. Cada Purana trata de los cinco siguientes objetos: 1.º la creación del mundo, sus edades y su renovación; 2.º, la generación de los dioses y de los héroes; 3.º, la cronología segun su sistema mítico; 4.º, la historia de los semidioses y de los héroes; 5.º, la cosmogonía con una historia mítica y heroica. Los Puranas pueden, pues, ser comparados á las cosmogonías de los griegos; comprenden la mitología propiamente dicha de los indios, mientras que los Vedas desenvuelven principalmente las ideas de Dios, de la creación primitiva de las cosas, del alma y de su relación con la divinidad.

Vienen en tercer lugar los grandes poemas épicos ó históricos, el *Ramayana* y el *Mahabharata*. El *Ramayana*, atribuido á Valmiki, de quien la encarnación india hace una encarnación de Brahma, canta los actos de Rama, una de las encarnaciones de Visnu. El *Mahabharata* ó el gran *Barata*, tiene por autor á Uyasa, otra encarnación de Brahma, segun unos, de Visnu segun otros, y consta de diez y ocho cantos que cuentan las encarnizadas guerras entre los hijos de la luna, y cuyo héroe principal es Crisma, octava encarnación de Visnu.

Al período de los poetas épicos sucede el de los legisladores. El más antiguo código de los indios es el *Manava-Darma Sastra*, es decir, la sagrada colección de las leyes de *Menu* ó *Manu*, el Noé indio, colección que á juicio de los sábios no es obra ni de un solo hombre, ni tampoco de un solo siglo.

Después de los legisladores, vienen los filósofos especulativos. Dogmatismo, escepticismo y hasta el nihilismo completo, todos los puntos

de vista, todos los desenvolvimientos, todas las formas de la especulación han sido expuestas por los indios. Cuéntanse seis diferentes sistemas filosóficos, que se distribuyen dos á dos: los dos filósofos *Nyaya*, los dos *Mimansa* y los dos *Sankhya*.

Hay que añadir á todos estos libros y á todos estos sistemas los poemas dramáticos y un gran número de apólogos.

Lo que admira desde luego en este imperio de filósofos, en esta riqueza literaria, es la ausencia de toda historia. No hay una época ni un personaje histórico. Hasta el presente, es un informe y tenebroso caos. En medio de esta multitud de libros que poseen los brahmanes y que la ingeniosa perseverancia de los ingleses ha llegado á conocer, no existe nada que pueda ilustrarnos con órden sobre el origen de su nación, acerca de las vicisitudes de su sociedad; pretenden también que la religión les prohíbe conservar la memoria de lo que pasa en la edad actual, en la edad de desdicha.

Descúbrese allí, sin embargo, segun ya lo hemos visto, la incontestable historia de Noé y del diluvio; pero con alegorías de una prodigiosa imaginación. En vez de decir sencillamente que habiendo visto Dios que los hombres habían olvidado ó desconocían completamente su ley, resolvió castigarles por el diluvio, pero que perdonó á Noé ó Manu, y le mandó construir un arca, cuyo piloto sería él por su providencia, hé aquí lo que cuenta la poesía india: «Brahma el creador, descansando despues de una larga série de edades, el terrible demonio *Hayagriva* se aproximó á él y robó los Vedas, libros de la ley divina que habían salido de su boca. No contento con robarles, les tragó y fué á ocultarse en los más profundos abismos del mar. Para reparar esta desgracia, Visnu, el Dios salvador, se encarnó en un pez. *Satyavrata*, el sétimo Menu, reinaba en aquel tiempo: era este un fiel servidor del espíritu que se cierne sobre las aguas, y tan piadoso que las aguas constituían su único alimento.

Un día en que este príncipe cumplía sus abluciones en un río, se le apareció Visnu bajo la figura de un pez muy pequeño, que, recogido por el santo monarca, llegó sucesivamente á ser tan grande en las diversas moradas que le dió, que al fin *Satyavrata* se vió precisado á colocarle en el Océano. En agradecimiento de lo que había hecho, el dios dirigió estas palabras á su adorador, que le había reconocido: «Al cabo de siete días, todas las cosas serán sumergidas en un mar de destrucción; pero aparecerá delante de tí, entre mortíferas olas, una grande embarcación, enviada por mí. Tomarás entonces todas las plantas medicinales, toda la inmensa variedad de semillas, y acompañado de los siete santos (*Richis*), rodeado de parejas de todos los animales, entrarás en esta espaciosa arca, y en ella permanecerás..... Conocerás tú entonces mi verdadera grandeza, y tu espíritu recibirá abundantes instrucciones.»

Salvando, en efecto, el mar sus orillas, inundó toda la tierra, é inmediatamente fué acrecentado por copiosas lluvias que vertían inmensas nubes. Meditando el rey las órdenes que había recibido, vió que la nave se aproxima-



maba, y entró en ella con los jefes de los brahmanes. El dios apareció en el vasto Océano como un resplandeciente pez, armado de un enorme cuerno, al cual *Satyavrata* sujetó la embarcación, sirviéndose de una gran serpiente como de cable. Más tarde, el dios pez se sumergió en el abismo, atacó al demonio, le abrió el vientre, sacó de él los cuatro libros, que devolvió á Brahma. Pero no es esto todo. Estando sumergida así la tierra en las aguas, Visnu se trasforma en jabalí, sumérgese de nuevo en el mar, mata al jefe de los gigantes y levanta la tierra sobre su defensa, á fin de que sea de nuevo habitable. La imaginación india no se detiene aquí. La tierra es así anegada siempre que Brahma se duerme, y, como el hombre, se duerme todas las noches. Únicamente con la diferencia de que para el hombre, el día y la noche son de veinticuatro horas, mientras que el día y la noche de Brahma son de ocho mil seiscientos cuarenta millones de años solares (1).

Lo que los indios han hecho de la historia de Noé y del diluvio, han hecho también de todo, de Dios, de la creación, de la caída de los ángeles y del hombre, del Redentor, de su encarnación, de la necesidad de hacer penitencia, de la inmortalidad del alma, del paraíso, del infierno, del purgatorio.

Léese en diversos pasajes de los Vedas y de los Upnekhat: «Brahma es el Eterno, el Sér por excelencia, revelándose en la felicidad y en la alegría. El mundo es su nombre, su imagen; pero esta primaria existencia, que contiene todo en sí misma, es sólo realmente subsistente. Todos los fenómenos tienen su causa en Brahma; para él no hay limitación ni en el espacio ni en el tiempo; es imperecedero, es el alma del mundo, es el alma de cada sér en particular.

«Este universo es Brahma, procede de Brahma, subsiste en Brahma, y volverá á Brahma.

«Brahma, ó el sér existente por sí mismo, es la forma de la ciencia y la forma de los infinitos mundos. Todos los mundos no forman con él más que uno, porque existen por su voluntad. Esta eterna voluntad es innata en todas las cosas. Revelase en la creación, en la conservación y en la destrucción, en el movimiento y en las formas del tiempo y del espacio.»

La doctrina, salva la exageración de algunos términos, es magnífica. Pero en vez de reducir estas hipótesis á un sentido moderado, las exageran llevándolas hasta el último extremo. Brahma ó el Sér Supremo, revelándose como Criador, viene á ser Brahma; como conservador, Visnu; como destructor, Siva. Tal es la *trimurti* ó trinidad india, en la cual cada persona es llamada más de una vez el Sér Supremo ó Brahma. Hay quizá en ella algun vestigio de la Trinidad verdadera. Pero á cada uno de estos dioses atribuye la imaginación de los indios una mujer, con aventuras honrosas unas veces, y otras todavía más escandalosamente

extrañas que las de Júpiter en los poetas griegos y latinos; en fin, las tres uniones tienen una posteridad de trescientos treinta millones de divinidades subalternas (1).

Todos los mundos, todos los seres no forman más que uno con el Sér Supremo, porque existen por su voluntad. Estas palabras podrían tolerarse entendidas en el sentido de San Pablo: «En Dios vivimos, nos movemos y somos (2).» Pero el indio abusará de esta verdad hasta adorar, no solamente el sol, la luna, el mar, sino también la pala, el cuchillo, la palancana, etc., de que se sirve para ofrecer el sacrificio.

Siendo Dios solo la realidad esencialmente subsistente, y siendo como nada lo restante comparado con Él, la razón, la virtud, quieren que se desprenda de todo lo demás, para unirse á Dios y llegar á ser con Él un mismo espíritu (3). Esta unión con Dios, mediante su gracia, es el fin del cristiano. El brahman de la India pretende impelerle hasta llegar á ser Dios mismo. Dirá todos los días en su oración de la mañana: «¡Yo soy Dios! no hay otro como yo. ¡Yo soy Brahma! gozo de una perfecta dicha, y no estoy sujeto á cambio alguno.» Dirá: «Yo mismo soy la divinidad, á quien voy á sacrificar (4).»

Los medios para llegar á la unión con Dios son la renuncia de sí mismo, el recogimiento, la oración, la contemplación de las divinas perfecciones. Hé aquí lo que ha poblado los desiertos y los claustros. Los indios dicen lo mismo, pero exagerándolo todo; así, segun los Upnekhat, y la actual enseñanza de los brahmanes, ve aquí un infalible medio de hacer rápidos progresos en la espiritualidad. Encerrarse completamente solo en un lugar en donde no se oiga ningún ruido; allí se concentran, como una tortuga, todos los miembros en sí mismo; se tienen todas las aberturas del cuerpo tan exactamente cerradas, que ninguno de los cinco vientos que allí se encuentran pueda escapar de él. A este efecto, se introducen los dos pulgares en las orejas, se cierran los labios con el dedo meñique y el anular de cada mano, los ojos con los dos índices, y se apoyan los dedos del medio sobre cada nariz, y para tapar las aberturas inferiores se doblan las piernas y se sienta bien perpendicularmente sobre uno de sus talones. En esta actitud, teniendo una de sus narices fuertemente comprimida, y dejando la otra libre, se respira por esta tanto tiempo y tan violentamente como sea posible; cerrándola despues inmediatamente se abre la otra, y se arroja el aire aspirado haciendo prolongados esfuerzos también como al aspirar (5).

De cuando en cuando, y siempre en la misma actitud, se pronuncia en cada respiración ochenta veces la palabra *oum*; doce veces al

(1) Dubois, *Costumbres de los pueblos de la India*, tomo II, pág. 395.

(2) Act., 17, 28.

(3) 1. Cor., 6, 17.

(4) Dubois, t. I, págs. 328 y 341.

(5) Upnekhat, t. II, p. 274, 359 y sig.; Dubois, tomo II, p. 273.

(1) *Indagaciones asiáticas, Simbólico de Creuzer, Costumbres de la India*, por M. Dubois.



aspirar, y las demás respirando. La palabra *oum*, formada de tres letras, es un símbolo de la trinidad india: la primera letra representa á Brahma; la segunda á Visnu; la tercera á Li-va. Todo el que haga esta ceremonia durante tres meses, ve, al cuarto, los ángeles; en el quinto adquiere todas sus cualidades, y en el sexto llega á ser la forma del Sér Supremo (1).

Otra práctica, no ménos eficaz para asegurarse de todo peligro y ver la divinidad, consiste en mirar fijamente el extremo de su nariz, conservando siempre la misma postura, y pronunciando la palabra *oum* (2).

Hay otra cosa más eficaz todavía, cual es el distinguir la vena que está en la punta de la nariz, entre las dos fosas nasales, el que la distingue perfectamente se eleva hasta Para-Brahma, hasta el Sér Supremo, y llega á adquirir la forma de él (3).

Para practicar la vida mística de una manera más perfecta, los brahmanes se retiran á la soledad, y toman el nombre de Sanniasi. Hé aquí cómo los Vedas y los Upnekhat refieren este género de vida.

«El que conozca á Brahma es también Brahma, es la luz de las luces, es la ciencia de las ciencias; se sobrepone á sus obras, las buenas no le sirven, y las malas no le perjudican; le basta meditar sobre Brahma; esta es su obra, su vida, su ciencia. El que quiere alcanzar este gran fin y marchar por este camino, debe ante todo leer los Vedas y obrar en armonía con lo que ellos ordenan; despues, cuando haya resuelto renunciar á todo deseo, á toda voluntad y á todo vínculo, abandonar á su mujer, á sus hijos, amigos y parientes más próximos, á todo el mundo en una palabra, tome por todo vestido un pedazo de paño para cubrir su desnudez; por toda arma un baston; por todo mueble una taza de madera ó de arcilla, no pida lin osna más que la necesaria para sostener su vida; por lo demás, mayor lectura, mayor meditación que la de los *upanicadas*; es decir, los Upnekhat, resumen místico de los Vedas. Hé aquí el pequeño *Sanniasi*, el primer grado de santidad. Pero el gran *Sanniasi* rechaza todo objeto exterior, todo pensamiento extraño, ni siquiera lee los *upanicadas*, ni se cuida de cubrir sus vergonzosas partes; no considera los seis estados de la vida, la existencia, el nacimiento, el crecimiento, la vejez, la decrepitud y la muerte; no estima en nada el cuerpo y lo que á él se refleja; ha dominado sus pasiones, ahogado en sí mismo todos los sentimientos y destruido el *yo*; para él no hay día, ni noche, ni tú, ni yo, nada, absolutamente nada más que Atma, ó el alma universal; él dice, ó más bien sabe, que Atma soy yo, su casa es la mía, su nombre mi nombre. Por último, todas sus súplicas se dirigen á saber que su alma y la gran alma son una sola: tal es el *Sanniasi*, el *Yogui*, el santo por excelencia (4).»

(1) Upnekhat, t. II, p. 263.

(2) Upnekhat, t. II, p. 197.

(3) *Ibid.*, p. 277.

(4) Oupnek, t. II, p. 279; Creucer, t. I, p. 283.

Hé aquí lo que son, al ménos segun los libros, estos sábios á quien la India y los antiguos conocian con el nombre de gimnosofistas ó filósofos desnudos.

Despues de la muerte las almas santas se reunen con Dios en el cielo; las almas imperfectas expian el resto de sus faltas, y las completamente pecadoras van al infierno. Las almas puras en el grado más perfecto se reunen al Sér Supremo por toda una eternidad; las culpables de ciertos crímenes enormes son precipitadas al *Naraca* ó infierno, y en él sufren horribles tormentos. Pero, segun los indios, estos tormentos no son completamente eternos; duran solamente cien años de Brahma, al fin de los cuales el Sér Supremo priva de la existencia á todas las criaturas para comenzar una nueva creacion. Sin embargo, debe hacerse notar que un solo día de Brahma equivale á ocho mil seiscientos cuarenta millones de años solares, ó de otro modo, ochenta y seis millones cuatrocientos mil siglos (1). Un año da la cifra de treinta y un millares, quinientos treinta y seis millones de siglos, y los cien años de Brahma, tres mil ciento cincuenta y tres billones, seiscientos millones de siglos, sin contar los días bisiestos. Todo esto no deja de ser bastante largo. Pero esto que los indios han imaginado, ¿lo cumplirá Dios? ¿Hará desaparecer á todos los seres de la creacion para comenzarla despues? El mismo ha dicho hablando de los pecadores del infierno: «Su gusano no morirá nunca, su fuego no se extinguirá jamás (2).»

Por lo que respecta á las almas intermedias, la doctrina india dice que reciben la recompensa del bien que han hecho; pero al mismo tiempo para expiar el mal, cuya mancha todavía conservan, son condenadas á volver á la tierra y animar de nuevo, ya sea los cuerpos humanos ó bien los de las bestias, hasta alcanzar una pureza completa. Esto es lo que se conoce con el nombre de metempsychosis ó transmigracion de las almas. Los indios la consideran como una horrible desgracia. Para librarse de ella no omiten medio alguno. Este es el fin principal de sus prácticas religiosas y hasta de sus ciencias. Para eximirse de esta transmigracion es para lo que unos se condenan á increíbles penitencias y otros hacen peregrinaciones de quinientas ó seiscientas leguas; estos, inmóviles sobre una columna, hacen esfuerzos para anonadar su espíritu en la contemplacion de la esencia divina; aquellos agotan el suyo haciendo razonamientos sin fin. El que conoce á Brahma ó al Sér Supremo, se convierte en Brahma mismo; tal es el gran principio de los Vedas ó de los Upnekhat. Para llegar á este conocimiento deífico, unos emplean la simple intuicion, y otros se valen de múltiples razonamientos. Este es el último método que ha producido los seis diferentes sistemas de filosofía, considerados como ortodoxos bajo un sólo punto de vista: los dos Sankhya, los

(1) *Asia poliglota*, p. 21.

(2) Marc., 9, 43, 47, *ubi vermis cerum non movetur, et ignis non extinguitur.*



dos Nyaya y los dos Mimansa. El primero de cada pareja comprende lo que hay de más importante en el segundo, y el segundo es una aplicacion del principio fundamental ó más progresivo, ó diferente, ó más elevado y sublime. De modo que, en rigor de verdad, no hay más que tres direcciones intelectuales en el conjunto de la filosofía india.

La primera pareja parte de la naturaleza; la segunda, del pensamiento ó del *yo pensante*; la tercera, se adhiere á la revelacion contenida en los Vedas.

La filosofía, que parte de la naturaleza como primer principio, se llama sistema de Sankhya ó filosofía de los números, porque en ella se enumeran los principios de todas las cosas que, segun la misma, son veinticuatro ó veinticinco. Entre estos primeros principios, ocupa el primer lugar la naturaleza; la inteligencia, comprendiendo en este nombre también la infinita, ocupa solamente el segundo. Este sistema ha sido tachado por esto de ateo. Pero parece que las dudas recaen sobre la creacion y el por qué de ella más bien que sobre Dios. La razon de esto se halla en la segunda parte, llamada filosofía Yogha ó filosofía de la union, porque explica los medios de unir el alma á la divinidad y de absorberla.

La segunda clase de filosofía, que parte, no de la naturaleza, sino del principio pensante, del acto más elevado de la inteligencia y del *yo pensante*, está contenida en el sistema Nyaya, cuyo inventor ó fundador fué Gotama.

Su segunda parte comprende la aplicacion ulterior del principio en la doctrina de las unidades y de las diferencias. Abraza todo lo que los griegos han llamado lógica, dialéctica y otros las reglas del silogismo. En ella se nota una tendencia hácia la doctrina de los átomos, tal como Epicuro la concibió entre los griegos.

La tercera especie de filosofía india se adhiere completamente á los Vedas y á la tradicion que contienen. La primera parte, Mimansa, no se ocupa directamente más que de la interpretacion. El sistema completo se llama Vedanta; esto es, fin, complemento de los Vedas, y expone el espíritu íntimo, el verdadero sentido, el fin propio de estos libros y de la antigua revelacion de Brahma que ellos contienen. La filosofía del vedanta domina generalmente en toda la literatura y la vida india.

Como los indios llevaron hasta lo último las consecuencias de todos sus sistemas, de aquí el que se encuentren, además de las filosofías ortodoxas, otras que no lo son. Pero, segun los sábios europeos que han comenzado á aclarar esta nueva antigüedad, hasta el presente todas las filosofías de la India convienen más ó ménos en que su fin es práctico y consiste en librar al alma del funesto destino de la metempsychosis (1).

Otra creencia universal del género humano, es que Dios debe ser adorado por la oracion y

el sacrificio. Los indios tienen sobre este punto ideas tanto más admirables, cuanto que se encuentran realizadas en el fondo, en el sacrificio adorable de los cristianos. Segun la doctrina de los Vedas y de los Upnekhat, el universo todo es un sacrificio infinito, ó el Sér Supremo es todo el conjunto, el que sacrifica, la oblacion, el fuego que la consume, la oracion que acompaña y la divinidad á quien se ofrece, todo, en una palabra y cada parte (1).

Para salir del estado de degradacion en que ha caído, el hombre necesita un redentor. Dios le prometió, el género humano le espera y vino en la plenitud de los tiempos. Este es el Verbo, la segunda persona de la Trinidad verdadera. Antes de encarnar, se habia manifestado ya á los patriarcas bajo la figura de hombre, como para ensayar hacerse hombre. Estas ideas se encuentran en la India, pero como casi siempre, llevadas hasta la exageracion. No solamente Vichnu, la segunda persona de la Trinidad india debe encarnar, sino que ha encarnado ya ocho ó nueve veces: la primera, en pescado, para salvar á Manú del diluvio; la segunda, en jabalí, para levantar la tierra del fondo de las aguas; la tercera, en tortuga, para ayudar á buscar la *amrita*, ambrosia ó brebaje de la inmortalidad; la cuarta, en hombre-leon, para vencer al gigante *Hiranyá*; la quinta, en brahma enano, para derribar al tirano Balí; la sexta, en brahma armado de su hacha, para castigar la insolencia de los reyes de la raza del sol; la séptima, en la persona de Rama, para librar á la tierra de los tiranos que la oprimian; la octava en la persona de Crichna, para combatir el mal bajo todas las formas.

Estas dos últimas encarnaciones han sido celebradas en dos grandes epopeyas, el Ramayan y el Mahabharat, en los poemas dramáticos y en innumerables pinturas y esculturas. En la historia poética de Crichna hay particularidades singulares: su madre aparece de cada día más hermosa á medida que avanza en su embarazo; en el momento mismo en que el niño divino vino al mundo á la media noche, sus padres fueron iluminados de una gloria celestial, y los coros de los devatas ó divinidades inferiores hicieron resonar sus sagrados conciertos. Crichna aparece con todos los caracteres de la divinidad; él se hace trasladar á otro país por sus padres para evitar las asechanzas de un tirano cruel que le busca para darle muerte y que hace morir en su lugar á los recién nacidos. Su muerte se refiere de muy diversas maneras. Una tradicion muy respetable y verdadera le hace morir en un madero fatal, un árbol, donde fué clavado de un flechazo, y desde lo alto del madero predijo los males que sobrevendrían al mundo. Para explicar estos maravillosos detalles, los sábios suponen que los evangelios apócrifos fueron trasportados á la India y enseñados á los indios, que los unieron de cierto modo al antiguo mito de Crichna (2).

La novena encarnacion de Vichnu, bajo el

(1) Upnek, t. I, p. 290 y 336.

(2) Creucer, t. I, p. 183, 312.